



## Las calles de la City.

### Primeros pasos.

Lo primero que desconcierta á los viajeros en Buenos Aires, en el centro, entre la plaza de Mayo y la plaza del Congreso, entre el paseo de Julio y la avenida del Callao, es lo igual de las calles. «No hay medio de distinguirlas unas de otras», dicen. Y la verdad es que, fuera del gran bulevar y de la calle Florida, las demás vías comerciales son todas idénticas. Tres semanas llevo recorriéndolas, con curiosidades nunca saciadas, cariñosamente, ávidamente, y aun no logro darme nunca cuenta del lugar en que me hallo. Los mismos argentinos, aunque no todos lo confiesan, me parece que cuando

alguien les pregunta de improviso: «¿Dónde estamos?», dudan un minuto y buscan con la vista el monumento, ó la tienda, ó la perspectiva que puede orientarlos de un modo seguro. Que, hasta cierto punto, esta particularidad sea común á todas las ciudades nuevas, nadie lo niega. En Nueva York, en Berlín, en el mismo París de la Estrella y de Passy, cada vez que nos encontramos entre bulevares recién construídos experimentamos una sensación penosa de uniformidad y de monotonía. La gracia pintoresca de los laberintos antiguos, creados por el sabio capricho de los siglos, no ha seducido nunca á los fundadores de ciudades. Para que una población sea artística, casi puede asegurarse que es preciso que haya nacido del azar. En cuanto los hombres, conquistadores ó reformadores, se proponen hacer algo, no llegan sino á la belleza higiénica y cómoda, que es la peor de las bellezas. Y no me refiero únicamente á las civilizaciones modernas. En la antigua Grecia, los legisladores que, apoyados por los oráculos, trazaban de antemano los planos de sus metrópolis, crearon la fealdad de Esparta, nacida antes que las leyes

que debían regirla. Pero la palma de la monotonía urbana debían llevársela nuestros lejanos abuelos los conquistadores al inventar é imponer en todo el nuevo mundo la teoría siniestra del damero con sus cuadros paralelos. ¡Ah, las manzanas, las odiosas manzanas de las Américas!

Los cronistas de la conquista, al hablar de la creación de Buenos Aires, dicen: «El adelantado gobernador, en nombre del adelantado, dividió el terreno en dieciséis manzanas de Norte á Sur, y algunas menos de Oriente á Poniente.» Lo de adelantado, que tanto hace sonreír en otros casos, aquí está bien escrito. Adelantándose á la deliciosa y absurda topografía de su época y de su patria, el Sr. D. Juan Torres de Vera y Aragón, servido por su ejecutor Juan de Garay, contribuyó á crear el tipo de ciudad cómoda que luego había de dar á un continente digno de mejor suerte una fealdad urbana innegable é insuperable.

### El ilusorio confort.

Por fortuna para Buenos Aires, las calles, trazadas á cordel en otro tiempo, resultan hoy tan estrechas para su tráfico que todo el centro de la población se ha convertido en un hormiguero humano. Nunca, en ninguna parte se ha visto, en efecto, más gente y más coches en un espacio más reducido. Y en vano el admirable intendente Anchorena, haciendo acto de buena tiranía, impide que después de las doce del día circulen los carros, las carretas y los camiones. Por la tarde, como por la mañana, lo que en lenguaje municipal se llama «congestión» ataca á las treinta ó cuarenta arterias principales de un modo tan grave que el Municipio ha tenido ya que decidirse á practicar las costosas sangrías de las diagonales. Lo que en París y en Londres constituye el famoso problema circulatorio, y que es más de coches que de personas, se complica aquí del peligro de las aceras, un peligro de muerte á veces. Porque figuraos unas bien llamadas «veredas», de un metro y medio de

ancho, junto á las cuales pasa el tranvía eléctrico tan cerca, tan cerca, que un ademán amplio, cual los que en Marsella se acostumbra, le costaría un brazo al orador callejero.

—Y eso—me dice un argentino—que entre nosotros las mujeres elegantes no salen á pie sino muy rara vez; pero figúrese usted lo que esto será el día en que, imitando á las parisienses y á las neoyorquinas, nuestras porteñas se dediquen al deporte tan gentil del *shopping*...

—Por mi parte—le contesto—, siento en el alma que tal día no haya llegado aún.

Y es que, en realidad, lejos de quejarme de la incomodidad de las calles estrechas, lo celebro cual un presente de la Providencia. ¿Qué sería de este Buenos Aires, tirado á cordel, con sus manzanas todas iguales y sus calles hechas en un mismo molde, si no gozara de la vertiginosa alegría de sus congestiones?

Poco antes de salir de París tuve el disgusto de leer un estudio de mi muy querido Alberto Gerchunoff, en el que hay cosas tan estupendas que no parecen escritas por

un artista, sino por un maquinista de Nueva York ó de Chicago. Oid, hermanos, oid:

«Buenos Aires ofrece, respecto á las grandes capitales europeas, ventajas de evidente superioridad. No tiene tradición, se dice, y esto es su beneficio inmediato. ¿Cómo derrumbar una vieja columna, un viejo paredón que impide el desarrollo lógico de una calle, de una ciudad, si esa columna, si ese paredón revive para el somnoliento erudito y para el turista distraído un sombrero poema ó un hecho supuesto? No podemos por allí columnas antiguas, muros evocadores. Todo es nítido y todo es claro, como sus días de radiante sol. ¡Allá va la constructora avalancha, el alud colosal del progreso, sin tropezar con los nobles obstáculos de la vida extinguida, sin arredrarse ante los espectros, sombras á su vez de olvidados espectros de los siglos remotos!»

Después de esta sinfonía, he aquí la visión de la ciudad:

«Buenos Aires, ciudad populosa, hirviente, industrial, fabril, necesita el orden estricto, que no excluye la infinitud, que no rechaza, sino caracteriza, á la grandiosidad.

»Es suntuosa porque el progreso, que es aprovechamiento de la acción, es suntuoso, como lo demuestra la observación de una locomotora ó de un transatlántico: el adorno de bronce es un remache, es un esfuerzo; sirve á lo primordial siendo ornamento. Empleamos ciegamente la mecánica, canalizamos la elaboración de todos los talleres científicos del mundo, y por esa causa Buenos Aires es tan cómodo, tan elegante, tan airoso en su simplicidad absoluta. ¿Que el automóvil es más práctico que el coche? Buenos Aires se llena de automóviles. Y este detalle es definitivo. ¿No he dicho que el bonaerense ama en lo posible la comodidad? Cada casa alta tiene ascensor. Esto es nimio, al parecer; pero no lo es. El ascensor, de fabricación europea, es excepcional en París, por ejemplo, y los hoteles que lo poseen lo anuncian en sus letreros como índice sorprendente de su comodidad. Esos pormenores, hueros, según se creería, de importancia, son determinativos de la forma de vivir de un pueblo. Por eso los cito.»

Ya lo veis...

Cuando yo leí esta descripción, hecha por un escritor á quien admiro, estuve á punto de suspender mi viaje, ya arreglado, y de cambiar mi pasaje transatlántico por un billete para los vapores del viejo Mediterráneo. ¡Ir á ver otro Nueva York, otro Chicago; ir á vivir entre tumultos de hierro, entre vértigos de ascensores, entre vibraciones de rieles!... ¡Ah, no!... Y fué necesario un esfuerzo de voluntad para no volverme atrás. Mas confieso que todavía á bordo del barco en que iba hacia el hemisferio austral, pensando en las palabras de Gerchunoff, entristeciame á veces ante la perspectiva de que, realmente, al llegar á Buenos Aires iba á encontrarme con una ciudad parecida á las famosas «casas eléctricas» de las Exposiciones universales, en las que no tiene uno necesidad de hacer el menor movimiento para ser servido.

«Ahí—decíame yo mismo, contándome un cuento de futuras mil y una noches—, ahí todo lo tendrá uno á medida de su antojo; ahí habrá aceras que andan solas; ahí, para atravesar las esquinas sin peligro de ser aplastado por un quinientos caballos, ten-

drá uno puentes con escaleras automáticas iguales á la de la estación de Orleans; ahí habrá galerías cubiertas para ir de un extremo á otro sin mojarse ni asolearse; ahí se podrán las familias pasear por las alamedas de los barrios centrales sin miedo de atropellos; ahí las deliciosas terrazas de café abundarán de tal modo que no habrá una cuadra en que uno no pueda establecer su mirador; ahí nadie molestará ofreciendo billetes de lotería, ni flores, ni periódicos; ahí los coches no se pararán á cada instante para esperar que á un guardia municipal se le ocurra bajar su batuta blanca; ahí, en fin, será una realidad ese mto detrás del cual corren desolados todos los pueblos y que se llama confort...»

De todo esto venía yo tan seguro que ni siquiera se me ocurrió preguntarle á mis compañeros de viaje si había en mis esperanzas algo de fantástico. A pies juntillas creía en el Buenos Aires de Gerchunoff, y aquella creencia atormentábame cual una pesadilla á causa de mis amores retrógrados por pueblos que, como París, como Roma,

como Viena, tienen la osadía de ser menos cómodos que Chicago y Berlín.

«Resignémonos», murmuré al desembarcar.

¡Cuál no sería, pues, mi sorpresa al encontrarme con que Buenos Aires, á pesar de todos sus esfuerzos, es aún deliciosamente incómodo!

¿Qué hay aquí, en efecto, de esas cosas eléctricas de que habla Gerchunoff? Por no verlas, ni teléfonos públicos en las esquinas, cual los de Tokio, descubro. En cambio, encuentro casi todo lo que dejé en París hace dos meses, á saber: las calles tan llenas de gente que no se puede andar por ellas, á menos de llevar poca prisa y mucha paciencia; el polvo, cuando hace viento, y el lodo, cuando llueve; los coches, que nos obligan á hacer prodigios funambulescos para atravesar las calles; los vendedores ambulantes, que no me permiten saborear en paz mis ensueños en la terraza de un café...

Pero confieso que, lejos de quejarme de esto, lo celebro de todo corazón, pensando en lo aburrido que debe ser un pueblo que llega á realizar el ideal que todos los alcaldes, pre-

fectos é intendentes tienen del adelanto y de la belleza urbana en este nuestro siglo detestable.

### La vida intensa.

En Buenos Aires, tan limpio y tan alegre, la belleza resultaría enteramente parisiense de no ser por las malditas líneas rectas, que hacen imposible las perspectivas y que imponen la monotonía. Pero si uno llega á resignarse y á no tratar de ver los monumentos de las calles céntricas, se encuentra, de verdad, en París, y hasta puede decirse en un París más rico, más sonriente, más feliz de aspecto que el de Europa.

—Note usted que no tenemos mendigos— oigo á menudo asegurar á los argentinos.

No hay, en efecto, ni mendigos, ni frailes, ni perros, ni ciclistas en esta villa dichosa. En cambio, parece que las moscas... Pero ¿á qué me meto yo en observaciones á lo Jules Huret?... Lo que me interesa es la vida callejera con su vértigo elegante, los perpetuos cortejos de coches, que dejan ver á través de sus cristales siluetas alucinadoras; el

ir y venir activo, fuerte, sano de sus hombres de trabajo; el lujo de sus tiendas, de sus hoteles, de sus cafés; lo que representa vida, movimiento, acción, fuerza y esperanza, en fin. Y esto, aunque se desarrolle en un marco que nada tiene de cómodo, entre el griterío de los que venden billetes de lotería, periódicos, flores, y el fracaso ensordecedor de las trompetas de automóviles, y el repique perpetuo de las campanas de tranvía, tiene la verdadera belleza, no diré moderna, sino eterna, que es la belleza de las fuertes palpitations humanas, la misma que encontramos en las evocaciones de la Roma plebética de hace veinte siglos y en la Florencia congestionada del tiempo de los Médicis, la belleza de París y de Viena, la más real de todas, la única quizá. Porque las manifestaciones estéticas de actividad de las ciudades privilegiadas no pueden existir sino en los pueblos que unen á la acción el buen gusto. Ved Berlín, por ejemplo: en sus calles, ricas y laboriosas, las multitudes son feas, son sombrías. Y es que Berlín no sonríe, como tampoco sonríe Chicago. Pero Buenos Aires, que forma parte del mundo la-

tino, tiene otra alma, y por eso cuando se apiña en sus calles incómodas parece que se divierte, y cuando llena el espacio con el rumor de su negocio diríase que canta.

¡Oh, vida intensa de Esmeralda, de Corrientes, de Cuyo, de Maipú, de todos los callejones interminables de la *city*, cuán poco os parecéis á las visiones que en general se forma el mundo de lo que es una gran ciudad americana! Todos los que venimos de lejos hacia vosotras traemos prejuicios que han hecho nacer los que, queriendo halagaros, os quitan lo que tenéis de mejor, que es la expresión, el carácter, el temperamento. Os imaginamos eléctricas, y no sois sino nerviosas... Os vemos pobladas de rascacielos de acero, y aun os divertís, cual las viejas aldeas españolas, en poner flores en vuestras ventanas... Os creemos sólo ocupadas de negocio, y en vuestra estrechez generosa siempre reserváis un espacio para que los desocupados vean pasar á las mujeres airo-sas... Os tememos positivas, positivas hasta el yanquismo, y os encontramos llenas de frivolidades encantadoras... Os llamamos *parvenues*, en fin, y luego nos encontramos

con que, si lo sois, lo parecéis mucho menos que cien avenidas linajudas de Europa; de tal modo en vuestro orgullo nada hiere, en vuestra riqueza nada choca y en vuestro movimiento todo gusta...

### La ciudad prócer.

¿De qué época data este barrio central por donde ahora me paseo? A cada momento, un amigo que apenas ha cumplido los cuarenta años me dice, señalándome la avenida de Mayo:

—Todo lo he visto yo salir del suelo.

Y vuelvo los ojos hacia las fachadas, y por más que las contemplo nada encuentro que denote en ellas la insolente juventud de los palacios de Barcelona, de Munich ó de Nueva York. En ninguna parte brilla la piedra blanca, blanca, blanca, de Broodway y del paseo de Gracia. Verdad es que aquí no hay piedra, lo que hace gemir á Anatole France; pero sean de lo que sean esos muros que se alzan por todás partes, una delicada pátina que parece obra de siglos da al con-

junto un tono gris suave, agradable, de muy buen gusto y, si me es permitido hablar el lenguaje del Ateneo madrileño, muy «prócer».

Muy prócer, sí, muy hidalgo, muy caballeresco es el aspecto de este pueblo. Así, yo lo veo, en una imagen simbólica de su futura grandeza, siempre vestido de negociante, de industrial y de banquero; siempre preocupado de ganar oro, mucho oro, es cierto; pero no con un continente de Uncle Sam, no, sino conservando la arrogancia gentil de aquellos traficantes florentinos del Renacimiento, que sabían vestir de terciopelo sus esfuerzos y florecer de lises sus codicias.